

mas bien en el pié que no en el brazo, en razon á ser mas fácil.

Se trajo cuanto era necesario para la operacion; el fantasma blanco se quitó un par de medias de hilo blanco muy fino, despues otro, en seguida otro, y en fin, hasta seis pares.

El último cubria el mas lindo pié del mundo, y al verlo el doctor empezó á creer que tenia que habérselas con una mujer.

Quiso hacer otra observacion, mas la figura blanca tendió la pierna diciendo:

— ¡Sangrad!

Esta pierna era tan fina, tan delicada, tan aristocrática como el pié.

El doctor hizo la sangría; solamente á la segunda taci-lla de sangre, el sangrado ó la sangrada se desvaneció.

Iser quiso aprovechar esta ocasion para quitarle la máscara con pretexto de que la diese el aire, pero los lacayos se opusieron.

Tendieron en el suelo al enfermo, y el doctor le vendó el pié durante el desmayo. Pasados algunos segundos, volvió en sí la figura blanca y mandó que le calentasen la cama, lo cual se hizo al punto.

Entonces se acostó, y se retiraron los criados.

Iser se aproximó á la chimenea para limpiar su lanceta, y estaba entregado enteramente á esta operacion cuando vió de repente en el espejo á la gran figura blanca que se levantaba, y que saltando á la cozeojita, en dos ó tres saltos se le acercó.

Por esta vez, creyó el doctor que en efecto se las habia con el diablo, y trató de huir; pero no venia la fantasma con objeto de perseguirle, venia sí para tomar de la mesa cinco escudos que le presentó, preguntándole si quedaba satisfecho.

Iser, que nada deseaba tanto como marcharse, respondió que quedaba muy contento.

— ¡Pues bien! dijo entonces la figura blanca, váyase Vd.

El doctor, á quien nada podia serle entonces mas grato, no esperó á que se lo repitiese, y salió con bastante prisa.

En el cuarto inmediato á la alcoba se encontró con los lacayos que le acompañaron alumbrándole, y que en seguida se volvieron riéndose.

Iser, á quien se le acababa la paciencia, y que tenia menos miedo de los lacayos que de las fantasmas, les preguntó qué significaba aquella chanza.

— Señor, respondieron los lacayos, ¿tiene Vd. algun motivo para quejarse?

— Pero... dijo el doctor.

— ¿Le han pagado bien á Vd?

— Sí.

— ¿Le han hecho á Vd. algun daño?

— No.

— ¡Pues bien! entonces, síganos Vd. y no diga nada, puesto que nada hay que decir.

Los dos lacayos acompañaron al doctor hasta su carruaje, para que no se pudiese decir que le hubiesen faltado á lo que exige la política.

Harto y aun sobrado tenia Iser para aquella noche. Mandó al cochero que le llevase á casa, resuelto á no contar á nadie lo que le habia pasado. Pero al dia siguiente fueron á su casa á preguntar cómo se hallaba de la sangría que habia hecho el dia antes. Él contó entonces la aventura, que, como dejamos dicho, se esparció por todo el mundo, dando margen á muchas conjeturas y causando grande ruido.

La segunda aventura habia tenido un fin mas trágico,

y como el *Deus ex machina* de la antigüedad, habia tenido que intervenir el rey en el desenlace.

Viajaba un caballero por el bosque de Villers-Cotte-rets acompañado de un criado, cuando repentinamente, en un recodo que formaba el camino, se vió detenido por un jóven que, con un par de pistolas en la mano, le amenazó con que le levantaria la tapa de los sesos, si no le entregaba inmediatamente el dinero y alhajas que tenia. El caballero le entregó el bolsillo que contenia veinte y cinco luises, su reloj, que era de oro, con cadena y sello tambien de oro.

Creia que con esto estaba libre; pero el ladron le quitó además sus dos caballos, habiéndole dejado á pié, y en libertad de continuar su camino ó de volverse á la poblacion, de donde habia salido hacia hora y media.

El caballero y su criado entraron en consulta, y entonces el caballero se acordó de que debia tener en aquellas inmediaciones un amigo que habitaba en una casa de campo. Era este amigo un bizarro oficial, con quien él habia servido en los últimos años del reinado de Luis XIV.

Se orientó, y en efecto, al cabo de un cuarto de legua, halló la casa que buscaba.

El recibimiento fué franco y cordial. El caballero contó entonces su aventura, y su compañero de armas le ofreció, como él esperaba, caballos y dinero, y de cenar ante todo.

En el momento en que ambos amigos iban á sentarse á la mesa entró un jóven.

El caballero ahogó un grito de sorpresa, reconociendo á su ladron en el jóven que acababa de entrar.

Pero el viajero quedó mucho mas sorprendido todavía, cuando su amigo le presentó aquel jóven como hijo suyo.

No aparentó el jóven conocer á su huésped, le saludó cortesmente, y cenó sin el menor embarazo.

Concluida la cena, solicitó el caballero retirarse á descansar. Su amigo le hizo acompañar al cuarto que le habia destinado, y su criado se quedó con él, so pretexto de desnudarle.

No bien quedaron solos, cuando el criado dijo á su amo:

— ¡Oh! señor, nos encontramos en una madriguera de ladrones; el hijo de la casa es el que nos ha robado, y he visto á nuestros dos caballos en la cuadra.

Pero en el recibimiento que el caballero del campo habia hecho á su amigo habia una cordialidad que no se limita, y en su acento una lealtad que es imposible fingir. El viajero habia conocido todo esto. No vaciló, y dirigiéndose al cuarto de su amigo, á quien encontró ya acostado y dormido, le dijo que el hombre que le habia robado cuatro horas antes era su hijo, que habia estado indeciso mucho tiempo en decirle una cosa tan terrible; pero que, en fin, habia creido que en conciencia tenia obligacion de revelarle un secreto que, cuando lo pensase, le revelaria la justicia de un modo terrible.

Fácil es el comprender cuán grande seria la desesperacion del padre, que cayó inmediatamente desmayado; pero recobrando pronto el conocimiento y la cólera, saltó de la cama y subió al cuarto de su hijo, á quien encontró dormido ó fingiendo dormir.

Encima de la mesa del jóven estaban la bolsa, el reloj y sello de su amigo; y al lado de estos objetos, las pistolas cómplices del delito.

Al ver tomar á su padre los diferentes efectos de que acabamos de hablar, se impuso el hijo en que su padre lo sabia todo, y quiso huir; pero en el momento en que saltó de la cama, tomó el padre una pistola, y al mismo

tiempo que el jóven pasaba por delante de él dirigiéndose hácia la puerta, salió el tiro.

El hijo, herido de muerte, cayó, lanzó un grito y espiró.

Al día siguiente, el caballero del campo marchó á Versailles, donde confesó al rey todo cuanto habia pasado; el rey no vaciló un momento, y concedió el perdón.

Pero el acontecimiento de que la capital se ocupó muy pronto para no ocuparse mas que de él, fué la muerte del diácono Páris, y de los milagros que se obraban sobre su tumba.

Era Francisco Páris un pobre diácono, hijo de un consejero del parlamento de París, donde nació el 30 de junio de 1690. Semejante á san Agustin, habia empezado bastante mal. Confiado por su madre, mujer piadosa, á los canónigos regulares de la congregacion de Santa Genoveva, empezó por olvidar el leer; despues, sugerido por sus compañeros, resolvió una noche pegar fuego al colegio, con ayuda de una porcion de materias combustibles que habia reunido al intento. Aunque no llegó á consumarse este delito, el diácono Páris no se lo perdonó jamás; y acaso fué una de las causas de la austeridad en que acabó sus dias. En fin, vuelto á la casa paterna, confiado á un preceptor, con quien simpatizó, se aficionó al trabajo, y recuperó el tiempo que habia perdido. Habiendo concluido sus estudios de humanidades y filosofía, entró en los benedictinos de San German-des-Prés, cuyos ejercicios solitarios y piadosos le agradaban. De allí entró en el seminario de San Magloire, donde se entregó al estudio del hebreo y del griego, queriendo leer los libros santos en sus originales. En sus momentos perdidos se dedicaba á la enseñanza del catecismo, y compraba con su

dinero los libros necesarios para la educacion cristiana de los niños. Así es, que su padre, que murió en 1714, teniéndole por loco, no le dejó mas que la cuarta parte de sus bienes. Pero no era este el solo revés que debia sufrir el pobre apóstol. Law le obligó á recibir en papel un reembolso considerable, en que perdió mas de la mitad. Todas estas desgracias financieras no impedian á Páris que se ocupase de teología. Se estaba en lo mas fuerte de la famosa disputa sobre la bula *Unigenitus*. Páris, con el fuego que caracterizaba sus convicciones religiosas, no solamente apeló, sino que reapeló de la bula. Entonces fué cuando se le propuso para el curato de San Cosme; pero fué necesario transigir con su conciencia, y firmar el formulario que se exigia. Rehusó, pues, contentándose con la dignidad de diácono, que se le habia conferido dos años antes. Entonces resolvió consagrarse al retiro, y estableció un nuevo Port-Royal, si le era posible. De consiguiente, se echó á buscar una soledad, cosa bastante difícil de hallar en las cercanías de París. Visitó el monte Valeriano, la Trapa, una ermita cerca de Melun, y acabó, en fin, por retirarse á una casita que aun se enseña hoy dia, al principio del arrabal de San Marcelo. Allí fué donde estableció su Port-Royal, reuniendo consigo muchos eclesiásticos, aun mas pobres que él, á quienes alimentaba con el resto de su patrimonio, mientras que él no vivia mas que de su trabajo. Su salud habia sido siempre endeble, y este trabajo incesante, acompañado de ayunos y penitencias, acabó de destruirla. Su conviccion era que él padecia por el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que él miraba como ultrajado por la bula *Unigenitus*. Por exceso de humilde, y hallándose indigno de recibir el cuerpo de Nuestro Señor, estuvo una vez dos años sin comulgar. En fin, agobiado por la austeridad, cayó

enfermo y recibió el viático, que le administró el cura de San Medardo, y murió el 4.º de mayo de 1727, de edad de 37 años.

Por lo tanto, la reputacion de santidad del diácono Páris era grande. Habia mucho tiempo que no se habian hecha milagros, y se imaginó que despues de los dias de disolucion por que se acababa de pasar, no pegarian mal algunos milagros.

A los cuatro dias de sepultado el cadáver del diácono Páris, empezaron los milagros sobre su tumba.

Fué el primero un tal Lero, que llegó enfermo al cementerio de San Medardo, donde estaba enterrado el bienaventurado Páris, y que salió por su pié, dejando sus muletas sobre el sepulcro del santo. El tal sepulcro, formado con una gran piedra levantada á la altura de un pié, era el teatro ordinario de las piadosas evoluciones de sus devotos. Desde la mañana hasta la noche, se hallaba sitiada esta piedra por una multitud de gente que no cesaba de aumentarse, que acudian de veinte leguas á la redonda, para verla, tocarla y besarla. Los enfermos se acostaban sobre ella, y se sentian sobrecojidos inmediatamente por una agitacion nerviosa, que con frecuencia degeneraba en convulsion. De esto provino el nombre de convulsionarios que dió el pueblo á los sectarios del diácono Páris. Los unos se torcian, se revolcaban en todos sentidos á manera de epilépticos; los otros se agitaban, se meneaban, saltaban y hacian cabriolas, como los que en otro tiempo se suponian atacados del mal de San Gui. Las mujeres proporcionaron naturalmente los primeros actores de aquella extraña comedia, que se representó sin interrupcion, durante cinco años y medio, en el recinto del reducido cementerio de San Medardo. Al principio habia seis ú ocho jóvenes históricas que un clérigo de Troyes, llamado

Vaillant, excitaba con sus predicaciones místicas; aun no se habian pasado cuatro meses, y ya contaba la obra de las convulsiones seiscientas personas entre hombres y mujeres.

Hecho un milagro, diez, veinte mas se hicieron en el mismo escenario, á la vista de un pueblo dispuesto á creerlo todo, sin sujetar nada al juicio de la razon. Cada milagro levantaba un grito de sorpresa y de entusiasmo, que introducía la fe en todos los corazones. Los cojos andaban, los ciegos veian, los sordos oian, los moribundos revivian, y hay veinte testigos, abogados y médicos, que formaron proceso verbal de cada sesion milagrosa. Entre estos testigos, benévolos ó convencidos, se halla un tal Luis Baple Carré de Montgeron, consejero del parlamento de París, cuya vida entera va á consagrarse en adelante á la glorificacion de los milagros del bienaventurado diácono; entre los corifeos activos de la secta convulsionaria se halla un ilustre táctico, un hombre consumado en el arte de la guerra, el caballero de Folard, el sabio comentador de Polibio.

Debia ser una singular representacion la de aquellos movimientos causados por la gracia del santo; así es que la curiosidad purísima subió al mas alto grado, y se iba, por via de paseo, al cementerio de San Medardo, que era muy reducido para que pudiesen caber en él los actores y los espectadores.

La fe, por otra parte, hacia maravillosos progresos: se vendia una multitud de cruces, de medallas, de escapularios, que habian sido bendecidos sobre la tumba del santo; se vendia tierra escogida preciosamente al derredor de aquella tumba; se vendian tambien millares de grabados y de libros jansenistas, que esparcian hasta en las provincias distantes el culto del diácono

Páris, al mismo tiempo que las doctrinas del jansenismo.

Bien pronto se organizó la sociedad de los convulsionarios, y tomó proporciones colosales que inquietaban á la religion y al Estado. El clérigo Vaillant, cuyos discípulos se daban á sí mismos el nombre de *vaillantistas*, pretendia que él era el profeta Elías en persona, bajado expresamente del cielo, adonde fué conducido estando en la tierra; su teniente Juan Agustin Housset, se dió entonces naturalmente por el profeta Eliseo, y tuvo á su vez discípulos que se llamaron *eliseanos* ó *agustinianos*. Un tercer jefe de secta, Alejandro Darnaud, se hizo tambien profeta, y manifestó en alta voz que él era Enoc. Los tres profetas fueron encerrados uno tras otro en la Bastilla, donde el primero permaneció preso veinte y dos años, antes de ir á morir, siempre en calidad de preso, á la atalaya de Vincennes. Pero sus lecciones habian producido su fruto, y sus prosélitos apostaron á quiénes serian mas extravagantes. Los agustinianos, en particular, pasaron los límites de la locura religiosa: ellos hacian procesiones nocturnas con una soga en el cuello y una antorcha en la mano; ellos se disponian por la disolucion mas excéntrica, á sufrir en la tierra el martirio, y á gozar del paraíso en el cielo.

Los convulsionarios se calificaban de *hermanos* y de *hermanas*: ellos comunicaban entre sí á consecuencia de una especie de iniciacion que tenia sus signos, su lengua y sus usos secretos. La caja social, llena por manos desconocidas, estaba abierta para todos los fieles. Estos partian entre sí los papeles en el ceremonial de las convulsiones: los *discernientes* eran los profetas, los que veian; tenian encargo de anunciar los decretos de la Providencia, en estilo del Apocalipsis: los figuristas representaban, en pantomima, las escenas de la

pasion de Jesucristo y del martirio de los santos: los *socorristas* administraban á los convulsionarios, propiamente dichos, los *grandes* y los pequeños socorros: los grandes socorros ó socorros mortíferos, consistian en sacudir fuertemente al paciente, pisotearle y martirizarle de mil modos; los pequeños en recibirles en su caída, en protegerles de los choques demasiado fuertes, y en vigilar la modestia de sus vestidos. En cuanto á los convulsionarios, eran los *saltadores* y *saltadoras*, los *ladradores* y las *maulladoras*, los *extáticos* y los *iluminados*. El icterismo, el magnetismo, el mal caduco, la imitacion, la bribonería, tales eran las causas y el origen de las convulsiones.

Ellas se propagaron como una epidemia; duraron cuatro años toleradas en cierto modo por la policía, que les permitia mostrarse en medio del dia en el cementerio de San Medardo; no cesaron, pero mudaron de carácter, cuando el arzobispo Vintimille prohibió el culto del diácono Páris, cuando se cerró el cementerio en virtud de decreto de 7 de enero de 1791, cuando los convulsionarios de profesion fueron presos. Entonces, lo que se llamaba el culto del bienaventurado Páris, se refugió en las cuevas y en los desvanes del barrio de San Medardo; entonces las pruebas de los adeptos se hicieron terribles, atroces, sanguinarias, repugnantes. Se remedaron sin faltar ápice los últimos episodios de la pasion, se presentaron pacientes á porfia para ejecutar estas convulsiones y para experimentar los padecimientos de Cristo: se les enclavaba en las cruces, se les clavaban lanzas en los costados, se les ponian coronas de espinas, y se les azotaba hasta derramar sangre. Todo esto no era para ellos mas que goces y delicias que se manifestaban con espasmos, suspiros y deliquios. Las mujeres, sobre todo, se entregaban con delicias á

estos tormentos. Unas veces se les daban cien palos en el cráneo, en el vientre ó en los riñones; ellas pedían que se les diesen mas palos, gritando *nanan*; otras veces se hacían colgar por los piés y la cabeza hácia abajo; otras veces se les torcian los pechos con tenazas ó se les apretaban entre dos tablas. Todos estos horrores se practicaban á vista de un cenáculo entregado á la oracion y meditacion.

El señor Carré de Montgeron, que habia quedado muy edificado por las convulsiones y por los milagros que se referían, compuso un grueso tomo en cuarto, lleno de estampas, con el título de: *La verdad de los milagros obrados por la intercesion del bienaventurado París*. Refería en este libro los hechos menos deshonestos de que habia sido cómplice y testigo, agregando á su narracion los certificados de los facultativos y otros documentos justificativos. Envanecido con haber revelado al mundo tantas lindas cosas, dedicó el tomo al rey, al duque de Orleans, al primer presidente y á muchos. A la noche siguiente le prendieron, le encerraron en la Bastilla, y despues lo desterraron á Aviñon y otras partes. No por eso dejó de continuar recogiendo y compilando los hechos y gestos de los convulsionarios. En 1741 publicó un segundo tomo, y en 1748 otro tercero. La muerte no le dejó tiempo para que diese á luz el cuarto, pero no dejó, mientras vivió, en su celo fanático, de alentar á los *maulladores* y *saltadoras* que él instigaba y que *tapaba* con sus propias manos. El reino de las convusiones no ha hecho mas que añadir la palabra *buquer* (sacudir con un leño) al lenguaje popular. ¿No debia Carré de Montgeron resucitar mas adelante bajo las facciones del marqués de Sade?

Entretanto el cementerio de San Medardo estaba cerrado, y la tumba del diácono no hacia ya milagros que

justificasen la famosa inscripcion que se puso en la puerta el día que se cerró.

Por orden del rey se prohíbe á Dios hacer milagros en este lugar.

A pesar de las órdenes del rey y del parlamento, continuaban las reuniones misteriosas de los convulsionarios, sin que produjesen efecto tampoco las continuas pesquisas de la policia dirigida por Herault, inflexible y formidable agente de los jesuitas. La persecucion mantenía este fuego encubierto en lugar de extinguirle. En vano se hacían registros en las casas y enviaban por todas partes espías y vigilantes; en vano se pagaban las denuncias, se inquietaba á las familias, se maltrataba y prendía á los sospechosos, todos los días se sabia que habia sido crucificada una devota con mucha satisfaccion; que los *grandes* y los *pequeños socorros* habian obrado maravillas en un corazon endurecido; que el diácono París habia curado á un desahuciado, habia enderezado á un paralítico, vuelto el oido á un sordo y la vista á un ciego. Grande era la edificacion de los jansenistas, grande tambien la indignacion de los jesuitas.

Los jansenistas y los convulsionarios tenían un periódico oficial intitulado *Noticias eclesiásticas*, que salía á luz todas las semanas. Servía de auxiliar y de trompeta á los *apelantes* de la bula *Unigenitus*; daba asilo á las quejas y á las esperanzas de los perseguidos. Dios sabe cuántos medios se emplearon para suprimir, detener ó paralizar este periódico anónimo que redactaban los jefes del jansenismo y del convulsionarismo. Con bastante frecuencia se apoderó el gobierno de las prensas y de los caracteres, de la edicion entera del número,

pero en el mismo día se reimprimía el número en otra parte, en una sacristía, en el fondo de un convento, á bordo de un barco en medio del río, en un desvan del palacio, ó del Louvre, ó del Temple, y hasta en la casa del comisario de policía que se había apoderado de él. Después se enviaba el periódico según costumbre, á los suscritores y afiliados. El lugarteniente de policía redoblaba su vigilancia y severidad; se procuraba descubrir el escondrijo en que se había refugiado el Proteo que se escurría; muy pronto se sabía por buen conducto, que el periódico se imprimía en tal calle y en tal número. Cercaban la casa y la calle, los espías y agentes disfrazados guardaban todas las salidas, el comisario penetraba en la casa, la registraba desde los sótanos á las boardillas, y no se encontraba nada que se pareciese á las *Noticias eclesiásticas*. Se retiraba confuso y desorientado; mas en el momento en que salía del dintel de la puerta, le echaban sobre la cabeza un paquete de números, húmedos todavía de la prensa, y él no podía adivinar de dónde salía aquel diluvio de gacetas jansenistas que parecía que el diablo había hecho volar desde el infierno.

Durante este tiempo, el rey, así como el diácono París, había hecho milagros por su parte, la reina estaba en cinta, y la Francia, en la ansiedad, esperaba el parto.

Por esta vez, los votos de la Francia fueron oídos; la reina dió á luz dos princesas.

Semejante fecundidad daba esperanzas para en adelante; sin embargo, Luis XV resolvió hacer entrar á Dios en sus intereses. El 8 de diciembre de 1728 comulgaron ambos en público con tal intención, y nueve meses después dió la reina á luz el primer delfín.

Esto causó un delirio no solamente en Francia, sino

en toda la Europa, cuya paz aseguraba este fausto alumbramiento; se tributaron gracias á Dios públicamente, porque había mostrado de un modo tan patente su intervencion en las cosas humanas: el rey asistió al *Te Deum* que se cantó en la catedral, y después cenó en el ayuntamiento con los príncipes de su sangre y principales magnates de la corte; se acuñó una moneda en que estaban representados el rey y la reina, y en el reverso la tierra sentada sobre un globo, teniendo al delfín en sus brazos con esta leyenda: *VOTA ORBIS*, los votos del universo.

A principios del embarazo de la reina, murió en San Petersburgo Catalina, emperatriz de Rusia; y á Newton le llevaban á enterrar en Westminster.

Seis pares del reino llevaban las orillas del paño mortuorio.

CAPITULO IV.

Vuelta del duque de Richelieu. — Muerte de Mad. de Nesle, del mariscal de Uxelles, del duque de Villeroy y de Adriana Lecouvreur. — Pormenores sobre la muerte de esta última. — Revolución de la Córcega. — Nacimiento del duque de Anjou. — Las Noticias eclesiásticas. — Arresto y exposicion de tres redactores. — Víctor-Amadeo abdica en favor de su hijo. — Historia de Mad. de Verrue. — Víctor-Amadeo conspira para volver al trono. — Es arrestado y conducido al castillo de Rivoli. — El rey de Prusia hace arrestar á su hijo. — El duque de Orleans se separa de los negocios. — El rey se hace jardinero.

El principio del año de 1729 se señaló con un grande acontecimiento de que París tenía gran necesidad para salir del letargo en que se hallaba.

El duque de Richelieu volvió de su embajada en Viena.

Habia ya tres meses que el rey, en recompensa de los importantes servicios que le habia prestado cerca del emperador, le habia autorizado á usar el corden de la orden de Santi Spiritus.

El primero de enero fué recibido en el capítulo, y el rey de dió la placa.

Los únicos acontecimientos importantes, si se exceptúa el que acabamos de citar, se redujeron á nacimientos y defunciones.

Mad. la condesa de Nesle muere, y su hija, Mad. la condesa de Mailly, á la que veremos muy pronto hacer un papel importante, recibe el nombramiento de dama del palacio en su lugar.

Los mariscales de Uxelles y Villeroy mueren, y tambien Mdlle. Adriana Lecouvreur.

Las tres muertes primeras no causaron grande impresion; Mad. de Nesle estaba enferma ya hacia mucho tiempo; Mr. de Uxelles tenia 79 años, y Mr. de Villeroy 76 ó 77.

Pera Mdlle. Lecouvreur estaba en todo el brillo de su juventud, de su belleza y de su talento, y despues circunstancias extrañas intervenian en esta catástrofe.

En aquel tiempo se decia lo siguiente; pero antes de llegar á su muerte diremos algunas palabras acerca de su vida.

Adriana Lecouvreur era hija de un pobre sombrerero de Fisme, en Champagne, que habia venido á establecerse en París; habia escogido el lugar de su establecimiento en las inmediaciones del Teatro Francés, y esta vecindad habia metido en la cabeza de la jóven Adriana ideas de comedia, que realizó, saliendo por primera vez á las tablas el 14 de marzo de 1717, haciendo el papel

de Monima, y posteriormente de Electra y de Berenice. Un mes despues de haber desempeñado estos papeles fué recibida actriz ordinaria del rey para los papeles trágicos y cómicos.

Su carrera dramática fué de trece años, que vió trascurrir en medio de triunfos progresivos y sin cesar fomentados por el público.

Ella pertenecia á aquella rara escuela de artistas dramáticos que habla la tragedia, y que rompiendo la medida de los versos, saben conservar al período su armonía poética.

Sin ser de elevada estatura, sabia tan bien aumentarla que parecia siempre que sobresalia de las demás mujeres en toda la cabeza; así es que se decia de ella, que era una reina extraviada entre cómicas.

Su repertorio mas familiar, el que representaba con una superioridad marcada, eran los papeles de Jocasta, de Paulina, de Atalia, de Zenobia, de Rojana, de Hermione, de Erifile, de Emilia, de Mariana, de Cornelia, de Fedra.

Una de las aventuras de Adriana hizo mucho ruido en el mundo. Cuando el 28 de junio de 1726, el conde de Sajonia su amante, por una voz unánime habia sido duque de Curlandia, ella empeñó su vajilla por la cantidad de diez mil libras para ayudarle á conquistar su ducado que le disputaban la Rusia y la Polonia.

Y el conde de Sajonia, que reunia en este momento todos sus recursos personales y todos los de sus amigos, no tan solamente habia aceptado, sino que contó en las principales casas este rasgo de su querida.

Desgraciadamente para Adriana la empresa no tuvo éxito.

Obligado á dejar la Curlandia en 1727 volvió á París el conde de Sajonia, y duque en embrion reanudó sus

relaciones con una princesa cuya dignidad aunque mas efímera era mas durable que la suya.

Hasta aquí los hechos : ahora entran las conjeturas.

Uno ó dos meses antes de la muerte de Adriana Lecouvreur, se habia enamorado del conde de Sajonia Luisa Enriqueta Francisca de Lorena, cuarta mujer de Manuel Teodoro de la Tour de Auvernia, duque de Bullon.

La duquesa de Bullon, que entonces tenia 23 años, era una mujer violenta, arrebatada, caprichosa, y sobre todo excesivamente galante, pues la crónica escandalosa aseguraba que sus gustos no tenian límites y que se extendian desde los príncipes hasta los cómicos.

La duquesa, segun ya hemos dicho, se habia prendado del conde de Sajonia, pero este, no se sabe por qué, hizo el Hipólito y no quiso corresponder á aquel capricho, no porque se picase de fidelidad á Adriana, sino sin duda por un capricho semejante al que experimentaba Mad. de Bullon.

Una mujer despreciada busca siempre al desprecio de que ella es objeto, la razon menos humillante posible : la que adoptó la duquesa de Bullon fué que los compromisos que el conde de Sajonia habia contraido con Adriana no le dejarian la libertad de tener otra querida.

Ella vió, pues, en Adriana el obstáculo que impedía que el conde de Sajonia le correspondiese, y resolvió vengarse deshaciéndose de su rival.

No somos nosotros de los que creen en la culpabilidad de los príncipes, por la sola razon de que siendo príncipes deben ser culpables. No, no somos nosotros de los que registran todos los rumores, y por consiguiente repetimos lo que se dijo en aquella época, no á

la manera de un acusador público, sino como un mero narrador del hecho.

La Bastilla sin velo señala en el número de las personas encarceladas en 1730, al señor abate Bouret, por el *negocio de la duquesa de Bullon y de la cómica la Lecouvreur*.

Hé aquí el negocio por que estaba preso el abate Bouret. Hemos tomado los pormenores que van á leerse de una carta de Mdlle. Aisse á Mad. de Calandima. Esta carta tiene la fecha de marzo de 1730. Las noticias que contiene tenian toda la frescura de la novedad, puesto que Mdlle. Lecouvreur murió el 20 del mismo mes.

Decidida á suprimir el obstáculo que la molestaba, la duquesa de Bullon mandó preparar unas pastillas envenenadas; y despues como era necesario hallar un medio de entregar las pastillas á Mdlle. Lecouvreur, escogió á un jóven abate que gozaba de la reputacion de pintar agradablemente para que fuese el instrumento de su venganza.

El abate era pobre, y un dia que se paseaba en las Tullerías sin saber cómo haria para comer, se le acercaron dos hombres, que despues de una conversacion bastante larga, le propusieron un medio de salir de la miseria : este medio consistia en introducirse, á favor de su habilidad para pintar, en casa de la Lecouvreur, y de hacerle comer las pastillas que ellos le darian : el pobre abate se negó á ello y se obstinó en negarse á las grandes instancias que le hicieron, manifestándole él la enormidad del crimen; pero los dos hombres le respondieron que mediante á que él era ya depositario de aquel secreto, no habia medio de retroceder, y que si no ejecutaba lo que se esperaba de él, era un hombre perdido.

Espantado el abate prometió cuanto quisieron exigir de él.

Entonces le llevaron á casa de Mad. de Bullon, que le repitió promesas y amenazas y le entregó las pastillas; el abate se empeñó en que dentro de los ocho dias siguientes llevaria á cabo su proyecto.

En este intervalo Mdle. Lecouvreur recibe una carta anónima, en que le suplicaban acudiese sola ó con una persona con quien pudiese contar como consigo misma al jardín del Luxemburgo, al quinto árbol de una calle que se le indica, donde encontrará un hombre que tenia cosas de la mayor importancia que comunicarle. Como la carta llegaba, ó mas bien era recibida, porque Mdle. Lecouvreur, habiendo salido por la mañana, regresaba á su casa con un amigo y Mdle. Lamothe su compañera; como la carta, volvemos á decir, llegaba á la hora misma de la cita, subió á un coche con las dos personas que la acompañaban, y mandó al cochero las condujese al Luxemburgo.

Habiendo entrado en él se dirigió al sitio indicado, y al pié del quinto árbol se encontró con el abate Bouret, que dirigiéndose á ella, le contó la fatal comision que le habian dado, declarando que él era incapaz de semejante crimen, pero agregando que si no lo cometia estaba cierto de que él mismo seria asesinado.

Adriana dió gracias al jóven, y le dijo que era de parecer, puesto que habia tomado el negocio bajo su mejor aspecto, llevarle hasta el fin, denunciando en el instante el mismo crimen al lugarteniente de policia. El abate contestó que tal habia sido su primera intencion, habiéndole detenido únicamente la consideracion del poder de los enemigos que se iba á hacer; pero que hallándose conforme el consejo que ella le daba con sus primeras inspiraciones, estaba pronto á seguirlo.

Adriana se aprovecha de esta buena disposicion, da un asiento en su coche al abate, y le conduce á casa de Mr. Herault, que era entonces lugarteniente de policia, á quien manifestaron el motivo de la visita.

Mr. Herault preguntó al abate si tenia las pastillas que decia le habian entregado; y el abate por única respuesta las sacó de su faltriquera y las puso en manos del lugarteniente de policia.

Llamaron á un perro, le dieron una de aquellas pastillas, y el perro reventó al cabo de un cuarto de hora.

— ¿Cuál de los dos Bullon os ha entregado estas pastillas? preguntó entonces el lugarteniente de policia.

— La duquesa, respondió el abate (1).

— No me sorprende. ¿Cuándo os hicieron la propuesta? continuó él.

— Antes de ayer.

— ¿En qué sitio?

— En las Tullerías.

— ¿Quién?

— Dos hombres á quienes no conocí.

— ¿Y os dijeron que os hablaban en nombre de Mad. de Bullon?

— Hicieron mas que todo eso, pues me condujeron á su casa.

— ¿Y la duquesa os confirmó lo mismo que los dos hombres os habian dicho?

— Sin faltar ni una sílaba.

— ¿Os atreveriais á manteneros firme en este negocio?

— Mandad que se me ponga preso y careadme con Mad. de Bullon.

(1) La segunda era Maria-Carlota Sobieski, que se casó en 1724 con Carlos Godofredo de Latour-d'Auvergne, príncipe de Bullon.